

HABLA FERMINA OLIVA OCAÑA, SUPERVIVIENTE DEL "TITANIC"

A SUS 90 AÑOS, LA ESPANTOSA CATASTROFE QUE VIVIO ES LO MAS CLARO EN SU MEMORIA

ASISTIRA AL ESTRENO DE LA VERSION CINEMATOGRAFICA DE TAN INOLVIDABLE SUCESO, CUYO ROLDAJE HA COSTADO 180 MILLONES DE PESETAS

Casi medio siglo ha transcurrido desde el 15 de abril de 1912, cuando se hundió el "Titanic", arrastrando 1.502 vidas hasta el fondo del mar. Muchos son cuarenta y siete años. Sin embargo, el mundo no ha podido olvidar, ni nunca olvidará, la tremenda catástrofe que acabó con tantas cosas.

Y si el mundo entero la recuerda todavía estremecidamente, aquella noche está grabada a fuego en la memoria de unas cuantas personas que sobrevivieron a la catástrofe y viven aún entre nosotros.

En la madrileña calle de Regueros habita una de ellas. Es una mujer de extraña vivacidad, que nos sorprende revelándonos su edad; nada menos que noventa años cuenta doña Fermina Oliva Ocaña, que escapó a la muerte por milagro y parece que la muerte, derrotada, no pueda ya con ella.

Su memoria, claro, no es muy buena. Pero cuando habla de la gran aventura de su vida, sus palabras y sus gestos resucitan la escena prodigiosamente.

—He viajado mucho, muchísimo... Inglaterra, el Canadá, Nueva York, París mil veces, toda Africa... Aquel año estábamos en París—yo acompañaba a un matrimonio de recién casados—cuando decidieron tomar el "Titanic" para Nueva York. A mí de pronto me dió miedo y no quise ir. Me acordaba del "Reina Regente", que se había sumergido en el Estrecho, y tuve un mal presentimiento...

Pero se embarcaron. El "Titanic" era insumergible, les dijeron. Nunca habían viajado de manera más lujosa y segura.

—...Hasta aquella noche. Acabábamos de acostarnos. Ibamos en primera. Yo me

había entretenido un poco para coserme el corsé y, apenas me tiendo en la cama, el barco se para de repente. ¿Qué será, qué no será? "No es nada, no es nada", decía n los empleados. Pero nosotros subimos a cubierta y nos enteramos de la verdad. "¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!" Bajamos a ponernos los salvavidas y, cuando nos quisimos dar cuenta, ya estaban llenas las lanchas. No había para todos, como usted sabe.

—¿Consiguieron puesto los tres?

—Sólo la señora a quien yo servía. Se despidió del marido para siempre y entró en una.

—¿Y usted?



Como al conjuro de su voz y de sus gestos, las escenas tremendas que esos ojos presenciaron surgen de nuevo, dramáticas, implacables.



Al principio, todo era cortesía y orden en el "Titanic". Nadie creía en el imposible hundimiento. Nadie quería abandonar un barco tan cómodo para meterse en las pequeñas lanchas. Sólo media hora después, el caos se adueñaría del trasatlántico.

—A mí me dejaron fuera. Pero empecé a gritar, desesperada, y no tuvieron más remedio que llevarme. Me echaron como un saco de paja desde más de un metro de altura, cuando ya la barca bajaba. ¡Qué horrible fué!

—¿Iban hombres con ustedes?

—En aquella lancha no iban muchos. Dos se tiraron a ella desde la cubierta de segunda clase y uno se rompió la pierna.

—¿Cómo estaba el mar?

—Al principio, como este suelo de tranquillo. Nuestra lancha se apartó del "Titanic". Estábamos muertos de frío. Yo volvía de vez en cuando la cabeza y veía cómo las ventanitas del barco se iban hundiendo en el mar... Me puse mala, pero seguí agarrada a la "nariz" de la lancha. ¡Qué horrible, qué horrible! Y al poco rato empezó el temporal.

—Pero llevarían buenos marineros.

—No. ¡Si la barca la conducía una condesa...! (Se refiere, sin duda, a la famosa señora Brown, mujer de ánimo indomable, que organizó la boga en la lancha número 6, asignando dos mujeres a cada remo.)

—Al amanecer, las olas nos zarandaban de tal manera que nadie podía mantener la barca a flote. Creíamos que nunca podríamos llegar al "Carpathia", el barco

que acudió primero en nuestro auxilio; ¡tan cerca que lo veíamos ya...!

—Hasta que les recogieron.

—Sí, medio muertos todos. Yo estuve malísima muchos meses. Dos hombres fallecieron apenas subir al "Carpathia", congelados, y los sepultaron a las dos de la

—¿Pudieron salvar algo de su equipaje?

—Nada. Yo sólo cogí una estampa de San José que tenía encima de la cama. Me la metí bajo el salvavidas y me encomendé a él. Nunca me arrepentiré de haber sabido elegir esa estampa entre tantas cosas que pudiera llevarme.

—¿Lo peor de aquella noche?

—El miedo a quedarme en el barco. Fué el momento más terrible de mi vida. Cada vez que me acuerdo, me parece que acaba de ocurrir y acabo de salvarme por milagro...

Acaba de salvarse. No lo dudamos. Quizá por eso tenga esta sorprendente vitalidad la anciana que nos habla, superviviente del "Titanic", siempre sola, con otra hermana también soltera y anciana, en ese cuarto piso de la calle de Regueros, donde el fantasma del famoso trasatlántico levanta aún su popa con gesto trágico, mientras en el arcón se apollian las viejas fotografías.



Esta fotografía se la hizo doña Fermina Oliva dos días antes de embarcarse en el "Titanic".